

CUESTIONES GLOBALES, DECISIONES NO TANTO

**por Matías L. del Hoyo
ganador de la beca "In Libris Carpe Rosam" en Matemática -Año 2001-,
donada por Marcelo G. Barroso Mastronardi**

La madrugada del 20 de marzo de 2003, con la lluvia de 40 misiles sobre Bagdad, se inició la guerra que terminaría con el brutal régimen de Saddam Hussein, sus ambiciones, su política de guerra y la consiguiente amenaza para la sociedad mundial.

Recuerdo con basta claridad esa noche en que la radio repetía las palabras del presidente estadounidense George W. Bush, aquellas que estaban dirigidas al mundo (nosotros incluidos) y con las que nos informaba el inminente ataque de las "fuerzas de la coalición". Se cansó de repetir que ésta no sería una guerra de EEUU si no del bien contra el mal, una cruzada por la paz mundial, y hablaba con la autoridad que los líderes de 30 países le concedieron.

Sin embargo, la iniciativa no fue apoyada por toda la comunidad internacional.

Antes de que comenzara la guerra, la Organización de las Naciones Unidas llevó a cabo una inspección en Irak en busca de armas de destrucción masiva sin encontrar ninguna.

Por otra parte, nada en concreto había sobre el supuesto programa nuclear de Saddam. Los iraquíes tenían en marcha un programa que habría extendido sus sistemas de lanzamiento de misiles a más de 1.000 kilómetros, pero en este sentido Irak reconoció que sus misiles "Al Samud 2" violaban las normas impuestas por la ONU y comenzó su destrucción justo antes de la invasión.

Muchos se permitieron pensar que aún había posibilidades dentro del marco de la legalidad internacional vigente. No compartían esta visión el presidente norteamericano George W. Bush y su par de Inglaterra Tony Blair.

El 24 de septiembre de 2002 Blair presentaba un dossier en el cual comunicaba que Saddam no sólo tenía armas de destrucción masiva, sino que continuaba produciéndolas y que poseía planes militares activos para usarlas. Este discurso aún hoy es recordado por la controversial referencia al potencial bélico de Irak, pues se manifestaba que podía atacar en menos de 45 minutos con armamento químico y bacteriológico más allá de sus fronteras.

Ya en el 2003, el presidente norteamericano declaraba que Saddam Hussein violaba sistemáticamente los acuerdos, y nos aseguró que durante los últimos 12 años había acumulado armas de destrucción masiva, incluso mientras los inspectores de la ONU estaban investigando en su país.

El gobierno iraquí apoyaba abiertamente el terrorismo, ese fantasma que tanto azotó al mundo últimamente.

Era necesario hacer algo urgente. No había tiempo, o paciencia.

Bush y Blair decidieron actuar al margen de los organismos internacionales que hemos creado para tales fines, deslegitimándolos y deteriorando el sistema multilateral.

Las guerras no entienden mucho de diplomacia, de parlamentos o de líderes políticos, ya sean carismáticos, sabios o simplemente osados. Ésta como cualquier otra nos costó demasiadas vidas humanas, muchas de ellas inocentes si nos permitimos llamar así a los que jamás sabrán a qué se estaba jugando.

Tres semanas bastaron para dejar de manifiesto la apabullante superioridad bélica de las fuerzas aliadas. El 9 de abril del 2003 las tropas estadounidenses tomaban el control de Bagdad, cumpliendo de esa forma con lo que ellos entendían era la liberación del pueblo iraquí.

A éste pueblo golpeado por la dictadura, el embargo y las otras guerras aún le son vedadas la libertad, la paz y la seguridad. Guerra o posguerra, las muertes se siguen sucediendo 11 meses después de finalizado el conflicto con los sucesivos ataques terroristas y la ausencia de instituciones que legitimen el gobierno. La falta de un plan viable hace imposible la

reinstauración del orden y la reconstrucción.

Ésta fue la primera "guerra preventiva" de la Historia. Los informes que Washington y Londres presentaron para justificar la invasión aseguraban que Saddam Hussein poseía armas de destrucción masiva, y estaban basados en los datos que sendos servicios de inteligencia disponían. La veracidad de ésta información es por tanto el único medio del que disponen las fuerzas aliadas para explicar su decisión de invadir.

Lejos de ser aprobados los móviles de la guerra, día a día surgen interrogantes que debilitan la credibilidad de los señores Bush y Blair: Los días pasan y las armas de destrucción masiva no aparecen.

Ya en febrero de 2004 la CIA relativizó la amenaza de Irak, admitiendo haber sobreestimado el potencial de Saddam. El ex jefe del grupo de inspectores de armamento estadounidenses en Irak David Kay y el secretario de estado Colin Powell declararon el 25 de enero de este año no creer que existan tales armas, aunque las convicciones del señor Powell no parecen muy sólidas si consideramos que en febrero del año pasado fue él quien aseguró: "...Irak ha engañado a los inspectores (de la ONU), tenemos evidencia, hechos y conclusiones de que las armas existen."

Hans Blix, ex jefe de inspectores de la ONU calificó hace unos días como "totalmente ilegal" a la guerra de Irak. El científico e inspector británico David Kelly, quien se suicidó el pasado 17 de julio, acusó al gobierno británico de haber manipulado información para justificar la guerra.

Por otra parte, la aseveración de que Saddam Hussein estaba intentando obtener uranio empobrecido de Níger para construir un arma nuclear ha sido refutada, y ahora la Casa Blanca ha admitido que se basó en "documentos falsos".

Las revelaciones de que la CIA había informado sobre esta falsedad al gobierno meses antes de que se utilizara como argumento para un ataque hace pensar en que posiblemente los datos hayan sido tergiversados con el objeto de obtener consenso social. Lo mismo parecen indicar las declaraciones del ex integrante del personal de Inteligencia de Defensa (DIS), Brian Jones, quien aseguró al diario británico Independent que "el análisis de los expertos del DIS fue ignorado en la preparación del dossier en septiembre de 2002, lo que resultó en una presentación engañosa sobre la capacidad de Irak".

Tampoco resulta muy positivo para la posición de Tony Blair que el jefe del Comité de Inteligencia, John Scarlett, haya explicado que la amenaza de los 45 minutos sólo se refería a morteros y cañones, no a misiles que pudieran importar agentes químicos o biológicos a grandes distancias.

O el escándalo que causó el segundo informe inglés, presentado en febrero de 2003, cuando surgió que partes del documento plagiaban una vieja tesis de un estudiante de Cambridge.

Las investigaciones se intensifican y las explicaciones son las que ahora parecieran no aparecer.

El contexto internacional ve hoy a sus organismos debilitados, la credibilidad de la sociedad se ve afectada seriamente y el mundo en general se pregunta cuán necesaria fue la guerra de Irak, si es que no había otras formas de asegurar la paz. Tampoco está claro quién pone las reglas, o para ser sinceros eso está claro, de lo que se duda y mucho es de la integridad moral de éstas personas/instituciones.

Mi intención no es transmitir o fomentar mi percepción de los hechos, mis ideas al respecto.

Creo que la seriedad de este tema merece un análisis individual por parte de cada uno de nosotros.

Creo que a partir de las situaciones antes detalladas todos aquellos que tengan presentes los valores sobre los que fundamos nuestra vida en sociedad podrán entender a qué me refiero cuando digo que es preciso involucrarse, actuar en función de que el mundo no siga girando movido por los intereses económicos, la exclusión de muchos y la comodidad de los otros.